

MUERTE

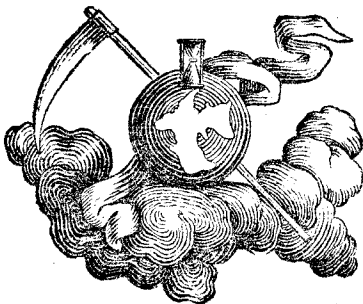
DEL

POBRECITO HABLADOR.

N.º 14 y último.

ESCRÍBELA PARA EL PÚBLICO ANDRÉS NIPORESAS,
SU CORRESPONSAL.

Habló lo que tenía que hablar, y espiró.
Pobrec. Hab., n.º 14. pag. 16.



MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS.

Marzo de 1833.

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?
Los Infantes de Aragon
¿qué se hicieron?

.

Mas como fuese mortal,
metiólo la muerte luego
en su fragua :
¡ O juicio divinal!
Cuando mas ardía el fuego
echaste agua.

Jorge Manrique.

*Se hallará con los números anteriores en la
libreria de Escamilla, calle de Carretas.*

////////////////////

O fragilidad de las cosas humanas!
¿Será cierto? El fuerte, el terrible cayó.
¿No existe ya el Pobrecito Hablador! ¿Pe-
ro qué mucho? Caen y pasan los im-
perios, ¡y no habrán de caer y pasar los
habladores! Los asirios cayeron; los ba-
bilonios hicieron lugar á los persas; los
persas sucumbieron á los griegos; los grie-
gos se refundieron en los romanos; Ro-
ma humilló su altiva frente á las hordas
del Norte, y á los bárbaros sus águilas
imperantes::: todo pasó: el recuerdo
de su soberbia existe solo para hacer mas
humillante su caída. ¿Qué le prestó á la
colonia de Dido su mala fé? ¿Qué le pres-
taron sus ciencias á la ciudad de Miner-
va? ¿Qué á la corte de Zenobia sus altos
monumentos? ¿Qué á la capital del

mundo su severidad republicana ni sus fuertes muros? Todo lo destruyó el tiempo. ¿Y no podrá destruir á un hablador?

Entre lágrimas y congojas escribo estos tristes renglones que acaso la posteridad leerá; pero por si la posteridad no los leyese, porque de la posteridad no se sabe cosa cierta, léanlos á lo menos nuestros coetáneos.

Un pañuelo en la mano, apoyada en ésta la mejilla, mis cabellos esparcidos, los ojos anegados en lágrimas, las huellas del dolor sobre mi frente::: Héme aqui, discípulo de Apeles; pinta mi desesperacion si alcanzan tus pinceles á pintar el mayor dolor que un mortal, y que un Andrés, han alcanzado jamas á padecer.

Tregua por fin á los sollozos: corra mi pluma sobre el papel; selle con caracteres de tinta y consigne en la eternidad tan funesto acontecimiento.

No ha dos horas aun esperaba el correo... la alegría brillaba en mis ojos. ¡Noticias de las Batuecas! exclamaba. ¡Cuánto se engaña el hombre! Llega un propio acelerado; mi mano trémula se re-

siste á romper el negro lema... y... ¡Qué horror! El Bachiller... ¡Ha muerto! ¿Alguna alevosa pulmonía? No; no era un soplo de aire quien habia de matar á un hablador. ¿Una apoplegía fulminante? ¡Ah! Un pobrecito no muere de apoplegía. ¿Murió de tener razon? ¿Murió de la verdad? ¿Murió de alguna paliza? Pero, ¡ay! era su estrella dar palos y no recibirlos. ¿Dió con alguno mas hablador que él? ¿Murió de algun traganton de palabras?

No mas dudas, en fin: recorro con la vista el pliego funesto, y la siguiente carta del infeliz escribiente del Pobrecito Hablador desenvuelve á mis ojos las horribles circunstancias de tan espantosa catástrofe.

“Señor don Andrés Niporesas. Aunque á riesgo de que v. m. no me crea, pues sé de muy buena tinta que no cree en cosa nacida ni por nacer, en lo cual hace como aquel que es experimentado y sabe cuánto viven los hombres de mentira, no dudo un momento en participarle la desgracia que en el dia y aun en la noche tiene hecha un mar de lágrimas

esta su casa, y lo que vale mas gran parte ya de las Batuecas.

Bien sabe v. m., y lo sabe mejor que nadie, que mi principal el señor Bachiller, que Dios haya perdonado, dió en hablar por los codos, y valga lo que valga esta frasecilla. No fueron parte, como v. m. sabe, á atarle la lengua, ni los respetos debidos á los necios en todo pais poco menos que civilizado, ni las consideraciones que la sinrazon merece mas de una vez entre nosotros, ni los gritos de su familia que los poniamos en el cielo suplicándole que no se metiese en habladurías, para lo cual le acumulabamos un sin fin de refranes, como v. g.: al buen callar llaman Sancho; cada uno en su casa, y Dios en la de todos; por la boca muere el pez; y otros tales y tan significativos como estos; ya conoce v. m. que á mí sobre todo no me faltarian, porque soy de nacimiento castellano y de profesion batueco; pero á todo hacia mi amo orejas de mercader, ó respondia de una manera victoriosa: en cuanto al primero, que él no queria ser Sancho; en lo de cada uno en su casa, ni estaba decidido

si él la tenia , ni si él era cada uno ; en cuanto á lo de Dios por su casa , mucho le amaba en verdad... Y en lo de que el pez muere por la boca , añadía que tanto tenia él de pez , como los batuecos de personas. Asi no habia entrarle. Ya ve v. m. que un hombre para quien no tenían autoridad los refranes , que tienen toda la legitimidad de la antigüedad , es hombre desahuciado. Habia de hablar y habló.

Y no fue lo peor que hablase , señor don Andrés , porque al fin si siempre hubiera hablado á cien leguas de sus interlocutores como en un principio le acontecia ; santo y bueno ! que hay cosas que ó no se deben decir , ó se deben decir desde muy lejos... Pero ¡ ay de mí ! el señor Bachiller la quiso echar de fanfarron : supo que en las Batuecas no todos le agradecian los elogios que de ellos hacia y habia hecho continuamente , porque cuatro lectores de mala fé le daban tormento á las espresiones y esprimian el limon hasta sacar lo amargo. ¡ Vea v. m. qué injusticia ! Bien sabe Dios , y lo sé yo tambien por mas señas , que

nunca fue la intencion del señor Bachiller hablar mal de su pais. ¡Jesus! ¡Dios nos libre! Antes queríalo como un padre á su hijo ; bien se echa de ver que este cariño no es incompatible con cuatro zurras mas ó menos al cabo del año. Ademas de ser él persona muy bien intencionada, de una pasta admirable y agena de toda malicia , tanto que todo lo que decia lo decia de buena fé y como lo sentia. Ni él quisiera ofender á nadie , porque amaba á su prójimo poco menos que á sí mismo, y toda la dificultad solia ponerla en saber cuál era su prójimo, porque ha de saber v. m. que no todos se lo parecian. Fue , pues, el caso, y tenga v. m. paciencia con mis digresiones , porque yo nunca acerté á escribir de otra manera; antes suelo distraerme y salirme del camino como bestia hambrienta para meterme por los sembrados de las laderas y ver si cojo alguna espiga ; asi llevando viaje para Alcalá suelo salir junto á Zaragoza, y como de esas veces me anochece en Huete y salgo á la mañana por los cerros de Ubeda: digo, pues, fue el caso que supo mi señor las habladurías

que de su persona andaban, y cómo se corria en las Batuecas que despues de tanto como habia hablado y tan malo no le seria posible dar la vuelta para allá, aunque quisiera, puesto que tendria miedo. *Miedo*, decia cuando lo supo. ¡Voto á tal! que nunca le ví la cara al miedo, y tengo de ir á las Batuecas solo por ver si comen Bachilleres esos señores Traga-aldabas. — ¡Ay! no haga v. m., señor Bachiller, tal disparate, le dijimos á una voz: mire que aunque tuviera miedo á los tontos no haria nada de mas, porque no hay nada mas terrible que un tonto. Pero, señor don Andrés Niporesas, dió en pensar en ello, y se pasaba los dias de claro en claro, y las noches de turbio en turbio, dando y tomando en lo del viaje, hasta que hubo de efectuarlo. Fuémonos, señor de mi alma, á las Batuecas... Sosiéguese v. m., porque nada le aconteció por entonces que digno de contar sea.

.

Llegó por fin un viernes, que viernes habia de ser él para ser bueno, y fue preciso meter entre sábanas al señor Ba-

chiller, Q. S. G. H. Sintiéndose allí morir por momentos, no quiso espirar sin practicar todas aquellas diligencias que á su conciencia debia como buen cristiano, porque ha de saber v. m. que *bueno* no diré, pero cristiano si sé que era. Practicadas estas diligencias, para las cuales le dejamos largo rato solo y recogido, llamónos á todos, y luego que nos tuvo en derredor,

“Hijos míos, dijo con voz bien diversa de la que solia tener cuando hablaba claro, porque es de advertir que á lo último ya apenas se le entendia: hijos míos, os reuno porque no quiero que se diga de mí que morí sin hacer disposicion alguna, ni declarar mi verdadero modo de pensar, que si no fuese el verdadero, porque esto ni yo lo sé, será por lo menos el último; pues os advierto que yo tambien tuve varios modos de pensar, y tuviera mas, si mas lugar me diera la muerte, que me siento aqui, que me aprieta en la misma garganta. Ni menos quiero que se diga que murió sin decir oste ni moste quien solo de hablar vivió, que esto fuera mengua.

En cuanto á bienes, harto sabeis,

queridos míos, que nada tengo que dejar sino el mundo en que he vivido, y ese bien sabe Dios que no le dejo yo, sino que me le hacen dejar mal que me pese. Ni necesito hacer ninguna declaracion de pobre, porque bien público y notorio es que he sido poeta, que me dediqué desde chiquito á las letras en este país, que he sido hombre de bien y de honor, que no he sido intrigante ni adulador, ni yo anduve nunca en empréstitos ajenos y ganancias propias, ni tuve muger bonita, ni hija que lo pareciese, ni tío obispo ó padre covachuelo. Así que, ¿por dónde he de ser rico?

„Dejo, pues, lo poco que se halla, si se halla algo, para misas por mi ánima, porque no las tengo todas conmigo; y si se quejase mi hijo que le dejo por ello sin eso poco que le quedaria, que tenga paciencia, que primero son mis gustos que sus necesidades, y mi alma que su cuerpo.

„Declaro y confieso en la hora de mi muerte, y como si me hallase en ella, que tengo miedo, y que de miedo muero; lo cual no me da vergüenza, así como hay otras cosas que tampoco se la dan á otros;

antes me da mucha pena y estoy muy arrepentido de no haberlo tenido un poco antes. ¡Cómo ha de ser! Todo no se puede hacer á un tiempo.

„Item mas: en consideracion á que conozco muchas personas que estan buenas y gordas y bien establecidas que se han retractado de sus opiniones ó espresiones, siempre que han creido serles conveniente ó venir muy al caso, en consideracion á esto, me retracto no solo de todo lo que he dicho, sino tambien de lo que me he dejado por decir, que no es poco. Y esta retractacion deberá entenderse reservándome el derecho de volverme á retractar cuanto y como me acomodare, si vivo, y asi sucesivamente hasta el fin de los siglos; porque esta es mi voluntad, y en cosas de cada uno nadie tiene que mezclarse; siempre tuve mis opiniones como mis vestidos, y cada dia me puse uno, en lo cual batuecos hay que no tienen nada que echarme en cara.

„A propósito de batuecos, declaro que los batuecos no son tales batuecos por mas que lo parezcan: me arrepiento de habérselo llamado, siendo esta una de las

primeras cosas de que me retracto, y agradeciéndoles sin embargo la bondad con que han llevado esta impertinencia mia.

„Arrepiéntome en la hora de la muerte, y me pesa, de lo poquillo que en esta vida he sabido, porque no me ha servido sino de dogal; y hago voto de no volver á saber cosa de provecho si de esta me saca con bien la Divina Magestad; y si hubiese de resucitar, como ya por su gran poder en ocasiones se ha visto, lo cual sin embargo no creo que se guarda para pecadores como yo, prometo de no volver á mirar libro alguno sino por defuera, dando siempre mi voto por la pasta.”

Aqui fue preciso reforzarle algo, lo que logramos leyéndole algunos regloncitos de los últimas loas, por ser muy espirituosas: moríasenos por instantes, pero algo repuesto siguió:

“En cuanto á mi amigo, que dice lo es, Andrés Niporesas, que no firme en mis disposiciones testamentarias, aunque fuere de ellas testigo, sin embargo de que ya veo que no está presente. Insisto con todo en lo dicho, por-

que he conocido testigos ausentes. Si da cuenta al público de mi fallecimiento, como es de esperar, que no firme tampoco. Y esto lo dispongo así, porque no parezca burla ó chacota mi muerte ni mi arrepentimiento si ve el público malicioso que concluye con lo de *Niporesas*.

„Mándole que me agradezca esta satisfaccion que de mi voluntad le doy, puesto que pudiera escusármela; á muchos conozco yo que cuando mandan no dan nunca satisfacciones, y tengo para mí que no van descaminados.

„Item mas: digo que hay amigos en el mundo (si bien yo he dicho lo contrario), pues los tengo yo, que es cuanto hay que decir en la materia, y es la prueba de las pruebas.

„Item: digo que en la Corte no hay vicios, apesar de mi segundo número, donde me dió por decir que sí. ¡Válgame Dios por decírmelo todo!

„Item: confieso que el público es ilustrado, imparcial, respetable, y demas zarandajas que de él se cuentan. Y si he dicho lo contrario, preciso es que haya estado loco para desconocer simplezas de

tanto bulto. Verdades serán cuando todo el mundo las dice.

„Item: declaro que á veces he dicho las cosas como no las queria decir. No importa mucho, porque creo que de cualquiera manera que se digan es como si no se digeran. Hay cosas que no tienen remedio, y son las mas.

„Item: afirmo ahora que los versos de circunstancias nunca son malos, si vienen á pelo, por malos que sean, porque cada cosa es relativa á otra cosa, y si no me entendiesen lo que quiero decir en esto, ¡cómo ha de ser! Ahora estoy muy depriesa para detenerme á esplicarme mas claro.

„Ea pues, hijos, yo me muero todo: tomad para vos este escarmiento: antes de hablar, mirad lo que vais á decir; ved las consecuencias de las habladurías. Si apego teneis á vuestra tranquilidad, olvidad lo que sepais; pasad por todo, adulad de firme, que ni en eso cabe demasiada, ni por ello prendieron nunca á nadie: no se os dé un bledo de como vayan ó vengán las cosas; amad á todo el mundo con gran cordialidad, ó á lo me-

nos fingidlo si no os saliere de corazon, con lo cual pasareis por personas de muy buena índole, y no como yo, que muero en olor de malicioso porque he querido dar á entender que de algunos paises nunca puede salir nada bueno... en fin... muero... á Dios... hijos... ¡de miedo!!”

De esta manera, habló lo que tenia que hablar, y espiró á poco rato. Vímosle caer en la almohada, y no se le volvió á oír palabra: solo sí debió rendir el alma á manos del último accidente del miedo, pues se tapaba la cabeza con la ropa como si viera fantasmas; huía, temblaba, se escondia y se ponía el dedo en la boca, postura en que murió. ¡O inescrutables fines de la Providencia, que castigas sin palo ni piedra! Apostára yo, señor don Andrés, que no veía en aquel terrible momento sino duros enemigos, censuras amargas, y encarnizados criticadores de su vida y hechos... En fin, espiró, lo cual conocimos en que dejó de hablar.

El facultativo, sin embargo, dudando si tendria algun resto de vida, se acercó poco á poco á su oído, y le decia á

grandes voces. — ¡Señor Bachiller! Vuelva en sí y repare qué versos tan malos andan por esos mundos, qué autorcillos tan miserables, y qué traducciones tan malas el público aplaude, y qué de cosas buenas desprecia... Mire v. m. que tiene aquí á media docena de necios; este es un elegante, aquel un enamorado, el otro un amigo, el de mas allá dice que es un sabio, el otro es un militar, y el otro un abogado; todos se tienen por hombres de importancia. ¿No les decís nada? — Entonces, haciendo el último esfuerzo, cojió algunos periódicos españoles, púsoselos sobre la cara, y esperó un momento; pero no rebullendo mi amo, el doctor exclamó con la mayor pena, dejando caer la ropa sobre el difunto: “Muerto está; cuando nada dice á todo esto, ni un soplo de vida le queda. En paz descanse.”

Esta fue la muerte de mi señor Bachiller, que lloraré hasta que llegue el momento de la mia.

Registráronse sus papeles en cuanto murió; pero hallamos medio quemado un gran legajo que los contenía; dímonos

á entender que habria tratado en sus últimos momentos de juntarlos y dar con ellos en el fuego; acaso las fuerzas le habrian faltado, y asi quedaban varios fragmentos enteros que el público conocerá tal vez algun dia si aciertan á caer en manos de algun editor escrupuloso que los espurgue de la mucha cizaña que deben necesariamente tener. La imaginacion de quemarlos nos hizo caer en la cuenta de que su arrepentimiento habria sido verdadero, y válida su retractacion.

Nada diré del entierro, que fue muy comun: solo advertiré que nadie se atrevió á hablar en él, antes todos mirábamnos atentamente al féretro por ver si hablaría aun despues de muerto.

Queda con esto, señor don Andrés de mi alma, muy de v. m. el escribiente privado mas afligido que nunca tuvo escritor público. Ruego á v. m. que encomiende al señor Bachiller, que tan amigo suyo era, y mande á su criado

El ex-escribiente del Bachiller."

Esta fue la carta: ¡murió el que dijo la verdad, y murió dejándose tanto por

hablar! ¿No tenias, ó muerte, algun inútil sordo-mudo que sustituir á tan interesante víctima? ¿Quién nos dirá de aqui en adelante que no hay mas que sinrazon en la tierra? ¿Quién nos dirá que el que no es tonto en el mundo es pícaro, y que los mas son tontos-pícaros? ¿Quién nos dirá que no hay orgullo nacional, que no hay quien conozca sus deberes y cumpla con ellos, que no hay literatura, que no hay teatros, que no hay autores, que no hay actores, que no hay educacion, que no hay instruccion? ¿Quién, en fin, nos dirá tanto como se ha dejado por decir?

Juzgue ahora el lector desapasionado si tan horroroso golpe me deja espacio ni humor de hacer mas largas reflexiones.

No; mi silencio dirá mas que mis amargas quejas.

Yo te consagraré una memoria, mi querido y malogrado Bachiller, siempre que un abuso, siempre que una ridiculez se atravesase delante de mis ojos, siempre que la injusticia me hiera, que me ofendiera la maldad, que me desconcierte la

intriga, y que el vicio me horrorice. Yo en defecto tuyo, cuya censura podía reprimir en algo á los batuecos, rogaré á Dios y á santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria, que tantos nos anuncian con tan fáciles como inconsideradas promesas.

Andrés Niporesas.

CATÁLOGO

*de las piezas dramáticas que se venden en la
librería de Escamilla.*

TÍTULOS. *Actos. Actrices. Actores. Precio.*

DE DON FRANCISCO MARTINEZ

DE LA ROSA.

Edipo, tragedia. . . 5 1 5 8 rs.

Los Zelos infunda-
dos, ó el Marido

en la chimenea. . 2 2 4 8

DE DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Marcela, ó ¿A cuál

de los tres? . . . 3 2 4 6

Engañar con la ver-

dad. 3 3 6 4

Los primeros Amo-

res. 1 1 4 3

A la Zorra candi-

lazo. 1 1 1 3

El Amante prestado

1 2 4 3

Un Paseo á Bedlam.

1 1 4 3

Mi tío el jorobado.

1 3 3 3

La familia del boti-

cario. 1 3 3 3

El segundo año, ó

¿quién tiene la

culpa? 1 1 3 3

No mas muchachos,

ó el solteron y

la niña. 1 2 3 3

Poesías del mismo autor: 10 rs. rústica, 12 pta.

TITULOS.

Actos. Actrices. Actores. Precio.

Sátira. El Carnaval. 2 rs.

Id. contra el furor filarmónico, 3 rs.

Id. en defensa de las mugeres, 4 rs.

DE DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.

No mas mostrador. 5 2 8 6

Felipe. 2 2 4 4

Roberto Dillon, 6

el Católico de Ir-

landa. 3 3 12 4

DE DON VENTURA DE LA VEGA.

El Tasso. 5 4 6 4

Acertar errando, 6

el cambio de di-
ligencia. 3 4 8 4

Hacerse amar con

peluca. 2 3 9 4

Shakespeare enamo-

rado. 1 2 1 3

La Máscara Recon-

ciliadora. 1 3 2 3

El Testamento. . . 1 1 4 3

El Gastrónomo sin

dinero. 1 1 8 3

Miguel y Cristina. 1 1 3 3

La vuelta de Esta-

nislao, 6 conti-

nuacion de Mi-

guel y Cristina. . 1 2 2 3

DE DON JUAN DE GRIMALDI.

La Pata de Cabra. 3 2 15 4

DE DON JOSÉ MARÍA DE CARNERERO.

El Afán de figurar. 5 2 4 4

TITULOS.	<i>Actos.</i>	<i>Actrices.</i>	<i>Actores.</i>	<i>Precio.</i>
El Peluquero de Antaño y el de Ogaño.	I	2	4	3
La Cuarentena. . .	I	I	4	3
El Pobre Preten- diente.	I	2	6	3
DE DON ANTONIO GIL Y ZÁRATE.				
El dia mas feliz de la vida.	I	3	6	3

Pobrecito Hablador, por Don Juan Perez de Munguía: los 14 números de que consta la coleccion.

El Conde de Candespina, novela histórica original por Don Patricio de la Escosura, Al- ferez del escuadron de Artillería de la Guar- dia Real: dos tomos en 16.º prolongado, á 16 reales en rústica y 20 en pasta.

Se hallarán: Barcelona, *Piferrer*: Bilbao, *Depont*: Badajoz, *Viuda de Carrillo*: Cádiz, *Hortal y Compañía*: Coruña, *Calvete*: Ferrol, *Saem Tejada*: Sevilla, *Caro y Cartaya*: Sala- manca, *Reyes*: Santiago, *Rey Romero*: Grana- da, *Sanz*: Valladolid, *Rodriguez*: Valencia, *Mallen y Berard*: Zaragoza, *Yague*.

